

su trayectoria de las salpicaduras de la controversia, puede asegurarse que a sus libros se acercaron con respeto, con la seriedad que infunde quien, por su circunstancia personal, se le supone trascendente, ajeno a la frívola transcripción de la vida. Sin embargo, no fue la enfermedad un obstáculo para la risa. Algunos de sus amigos conocen bien el humor socarrón, la burla que afloraba en las reuniones, amenizándolas. Y fueron muchos los que disfrutaron y compartieron su mordacidad, tanto o más que con el toque poético que se vislumbra en algunas páginas de sus libros al describir una situación dramática.

Con la mirada puesta en la sociedad promocionada, dejó de mirarse para observar a los demás, los que estaban cerca en el nuevo entorno, sin olvidar el ayer que permanecía en su memoria trayendo imágenes del tiempo ido que ninguna cámara había recogido, con la precisión del ojo despierto, haciendo que renacieran “las viejucas que se sentaban en pequeños taburetes de madera, junto a los carromatos, los chiquillos que gritaban o lloraban, las madres mostrando el pezón de sus pechos para dar teta”, en contraste con las minifalderas del barrio bullicioso de Moratalaz, las madres hijas de aquellas que se entregaron al cuidado de la familia, algo más liberadas ahora que, cigarrillo en mano, bajaban al parque con sus niños. La transformación fue y es el motor que nos lanza al pasado sin ánimo de comparar, pues recuperarlo resulta forzoso antes de situarnos en el presente. Los jóvenes con botas de media caña, dueños de borricos y mulas luceras aparecían en sus libros, cuando ya los ejecutivos encorbatados le hacían añorar el sosiego. El sexo, todavía condenado en los setenta, y vapuleado por violentos en las calles, recuperaba su desnudez, sin adornos, en los hombres rudos que se tocaban la entrepierna al intuir en la mujer una presa fácil, lo que empujaba a otros a quitarse la ropa y desabotonarse la pretina de sus pantalones, mientras los pasacalles de aquel tiempo ponían en su mirada el color alegre que despierta el toque de panderos y trompetas. Todo excitante, vivaz y lejano, conectado a la prisa en una ciudad invadida por los coches cuyos conductores captaban el desfile de piernas femeninas en la acera, sin poder detenerse a contemplarlas.

No es posible permanecer indiferente a los cambios, en el largo recorrido de ese tren que nos permite ver paisajes nuevos al llevarnos de un lugar a otro, en un viaje interminable que conduce del pesimismo al optimismo, de rostros viejos y jóvenes, del campo a la ciudad, del ayer al hoy, de un ideal a otro, de un conflicto a otro que modifica nuestra intención y traslada nuestro interés, nuestra mirada y nuestros pensamientos.

Ser testigo de lo que discurría alrededor no le impidió recuperar imágenes del pasado hasta mitificarlo. Los cuentos orales y leyendas que